GEORGE MAKARI

DEL MIEDO Y LOS EXTRANJEROS

UNA HISTORIA DE LA XENOFOBIA



ensayosextopiso

TRADUCCIÓN DE RICARDO GARCÍA PÉREZ

Del miedo y los extranjeros
Una historia de la xenofobia

George Makari

Traducción de Ricardo García Pérez



sextopiso

Para Arabella

ÍNDICE

PRÓLOGO: Fuera de Beirut 11

PRIMERA PARTE: LOS ORÍGENES DE LA XENOFOBIA 27
1. En busca del *xenos* 29
2. *Avant la lettre,* o la Leyenda Negra 47
3. Los primeros xenófobos 75
4. El levantamiento de los bóxers 89
5. Pánico colonial 105
6. La situación empieza a aclararse 117
7. El bumerán de la inmigración 137
8. Rumbo al genocidio 153

SEGUNDA PARTE: DENTRO DE LA MENTE XENÓFOBA 187
9. El pequeño Albert y el salario del miedo 189
10. La invención del estereotipo 217
11. La proyección y el negativo del amor 249
12. El enigma del Otro 275
13. Autoextrañamientos 299

TERCERA PARTE: EL REGRESO DEL EXTRANJERO 317
14. Por qué los odiamos 319
15. La nueva xenofobia 341

CODA: En los Pirineos 369

Agradecimientos 375
Notas 379
Créditos de las ilustraciones 441

PRÓLOGO: FUERA DE BEIRUT

Tal vez parezca irrisorio, pero la mayor parte del tiempo no me he dado cuenta de lo entrelazada que está esta historia con la mía. No me considero una persona asimilada porque, supongo, lo soy. Nunca he pronunciado la expresión «Soy hijo de inmigrantes». Me resulta disonante escribir siquiera esas palabras. Apestan a necesidad y suenan falsas, pues ya no me percibo de esa manera. ¿Hijo de extranjeros? Después de reconocer algo así, un mecanismo de reacción automática bien engrasado me anima a recitar de un tirón la lista de virtudes y lealtades a mi lugar de origen. Mis padres, al igual que muchos inmigrantes, acabaron siendo expertos en hacerlo, a menudo mortificándose y ondeando banderas. Y, sin embargo, mucho después de convertirse en ciudadanos estadounidenses, persistieron en el sobreentendido de que todos esos caprichosos títulos y distinciones…, ¡uf!, pudieran ser un conjuro inútil y hasta convertirse en un insulto o una burla que se volviera contra ellos porque un acento sospechoso refutara que se habían formado en Harvard.

Nada de esto me rondaba la cabeza cuando a finales de 2016 viajé a Londres. Había ido allí a promocionar mi nuevo libro. Aquel país, desconocido para mí, estaba a punto de votar a favor de abandonar la Unión Europea. No tenía ni idea. ¿Nigel Farage? Jamás había oído hablar de él. En una tienda de jerséis próxima al Museo Británico, el dependiente hablaba con entusiasmo de proteger a Gran Bretaña de la imperiosa invasión de los turcos. Qué raro, pensé. No obstante, me venía a la cabeza otra cosa: tenía una cita concertada con mi agente literaria, que sin duda me preguntaría por mi siguiente proyecto. Absolutamente agotado por mi reciente maratón, no tenía

ningún plan, ninguna idea, nada. Sarah me hacía preguntas. Era una entusiasta ayudante siempre preparada para tomar notas. Balbuceé algo y hablé del problema de la «mentalidad foránea», de cómo nos habíamos equivocado al imaginarnos unos a otros. Podría haber hablado de cíborgs. Resultó embarazoso. Regresé a Nueva York y, poco después, el Reino Unido votó a favor de abandonar la Unión Europea. Al cabo de pocos meses, Estados Unidos eligió un nuevo presidente: Donald Trump. De repente acudió una palabra a la mente de muchas personas. Era una palabra terrible, un tanto desconcertante, y muchos trataban de comprenderla en el mismo momento que un diccionario *online* la calificaba como «palabra del año».[1] *Xenofobia*. Sonaba ligeramente «ajena» y psiquiátrica. Al ser yo mismo psiquiatra, decidí examinarla.

Supuse que el comienzo de su historia sería tan antiguo como la propia condición humana. Desde la aparición de nuestros primeros antepasados en las llanuras del este de África los seres humanos han estado en continuo movimiento. El *Homo sapiens,* una especie migratoria, se instalaba en un lugar y, después, debido al miedo, los enemigos, la sequía, las hambrunas, las plagas o alguna expectativa amenazadora avistada en el horizonte, se desplazaba. Al mismo tiempo que anhelábamos un hogar, un lugar de descanso envuelto en recuerdos y provisto de sentido, nos veíamos empujados a marcharnos. Desde la expulsión del paraíso de Adán y Eva hasta los guerreros de Troya derrotados, o los viejos pueblos hopi apartados de sus mesetas, nuestros mitos hablan de gentes que se marchan lejos para abandonar un lugar bendecido por los dioses, dubitativos sobre cuál podrá ser el próximo lugar de descanso. Una vez barridas las polvorientas capas del olvido, ¿quién no es descendiente de algún viaje parecido a este? Ya sucediera la semana pasada en una lancha neumática o hace siglos en un buque de la Armada Real, fuéramos encadenados o envueltos en seda, ¿no nos hemos sentido todos en algún momento como extranjeros, con los ojos muy abiertos, en un lugar extraño y abarrotado?

Una vez que esos nómadas atracaban o atravesaban unas montañas, se topaban con otros que los habían precedido. Un extraño se encontraba cara a cara con otro. Quienes ya estaban establecidos en el lugar normalmente tenían cierta ventaja. Aun así, se preguntaban si aquellos extranjeros habrían llegado con malas intenciones. ¿Querrán arrebatarnos lo que es nuestro? ¿Acabaremos siendo extranjeros en nuestra propia tierra? Fruto de esos miedos se construyeron muros; también barreras de naturaleza menos visible.

Estos encuentros incómodos deben de ser tan antiguos como nuestra especie. En consecuencia, cuando algunos colegas se enteraron de que yo estaba trabajando en una historia de la xenofobia, quedaron un poco desconcertados. ¿Cómo podría yo escribir una historia de miedos que parecían intrínsecos a todos los tiempos? Parecía quijotesco, borgiano, como escribir una historia universal de la risa. Los primeros registros escritos de que disponemos apuntan a que, en términos generales, en muchas civilizaciones los extranjeros suscitaban miedo y desconfianza. Algunos de esos relatos han llegado a especular con la idea de que, para los hombres primigenios, todos los extranjeros eran de hecho enemigos. En muchas lenguas, las palabras para nombrar al extranjero y al enemigo son la misma. Así pues, podríamos concluir que el de la xenofobia es un problema eterno, anidado en lo más profundo del corazón humano. Como tal, cualquier historia de este comportamiento requeriría recoger toda la sangre derramada y todos los cráneos resquebrajados que descansan sobre la tierra…, una tarea infinita sin principio ni fin.[2]

Del miedo y los extranjeros no trata de eso. No pretende hacer un registro de todos los maltratados, esclavizados o masacrados por actos que hoy calificaríamos de xenófobos. Se trata más bien de la narración de otra historia oculta que subyace en esta palabra. Empecé a preguntarme lo siguiente: ¿quién consideró en primera instancia que este tipo de reacciones eran «fóbicas», es decir, irracionales y erróneas? ¿Cómo y dónde despertó una conciencia desde la cual algunos proclamaron

que era irracional maltratar a los extranjeros? ¿Cómo crearon esas voces una ética en virtud de la cual este tipo de conductas fue considerado paulatinamente digno de censura? ¿Y cómo emergieron conceptos diversos para explicar estas actitudes peligrosas?

En el año 2016, cuando escribí en mi motor de búsqueda de internet «x-e-n…», no aparecía nada que pudiera ayudarme a resolver estas cuestiones. Había una definición: el miedo y el odio a los extranjeros; pero, a diferencia del antisemitismo, o el racismo o la homofobia, parecía que la xenofobia no tenía historia. Pruebe a echar un vistazo. Lo único que encontrará son referencias vagas y pasajeras a la Antigüedad griega, no mucho más. Esta ausencia llevó a que algunos concluyeran que el concepto mismo era un concepto vacío, poco más que una acusación sacada de la nada. Para los legisladores, la palabra parecía ser una abstracción sinónima de formas de discriminación específicas, cada cual mejor definida por el objetivo de su odio, ya se basara en la raza, la religión, la etnia, el género, la sexualidad o la clase social. Dado que cada uno de esos motivos de azote poseía su propia historia ancestral, no serviría de nada añadir una abstracción como la xenofobia a la lista de reconocimiento de agravios.

He llegado a la conclusión de que este rechazo es erróneo. En primer lugar, la xenofobia es radicalmente distinta. Cuando hablamos de antisemitismo, de islamofobia o de homofobia nombramos a un grupo maligno, mientras que quienes practican la discriminación siguen sin estar definidos, siguen siendo unos desconocidos en sí mismos. La *xenofobia* corrige ese desequilibrio y orienta nuestra atención hacia la fuente del problema, con lo que abre una línea crítica de investigación. Porque, como durante más de un siglo han señalado autores que abarcan desde Josiah Royce hasta James Baldwin, muchas veces nuestra lengua ha dado a entender inadvertidamente que la naturaleza del problema reside en las características definitorias del «grupo problema». ¿Y si la vida social de Estados Unidos, se preguntó Royce en 1908, se definiera mejor

no en referencia a un «peligro negro» o un «peligro amarillo», sino más bien por la presencia del «peligro blanco»? ¿Qué les pasaría a *ellos?*[3]

Del miedo y los extranjeros expone una serie de intentos de aislar, definir, investigar y responder a esa pregunta. Nuestra historia empieza con un estallido de inventiva y la impactante aparición del término, seguida de una reorientación radical y una expansión que dio a la palabra sus connotaciones éticas y políticas posteriores a 1945. Como veremos, el término *xenofobia* apareció en francés e inglés vinculado a los debates occidentales originarios acerca del nacionalismo, la globalización, la raza y la inmigración. En ese sentido, *Del miedo y los extranjeros* hunde sus raíces en dichos escenarios y no se propone ser una historia global. No es mi intención insinuar que estas formas de discriminación, ni mucho menos las respuestas éticas y políticas que se les han dado, se hayan producido solo en Europa y Estados Unidos. Sin embargo, debo dejar que otros examinen esas historias.

En el siguiente capítulo repaso los esfuerzos cada vez más frenéticos por descubrir y aplacar las causas de esta amenaza. En respuesta a una serie de calamidades determinantes, concretamente a las masacres nacionalistas de la Primera Guerra Mundial, al genocidio belga en el Congo y más tarde al holocausto nazi, se plantearon una serie de esfuerzos concertados para averiguar cuál era la fuente concreta de lo que entonces se consideraban de forma generalizada un miedo y un odio irracionales. Hubo autores que presentaron términos y conceptos nuevos para comprender estas fobias a las minorías, los extranjeros y los recién llegados, herramientas como el «estereotipo», la «proyección», el «Otro» y demás. Tras ello, propongo un modelo provisional y global de la xenofobia construido a partir de esas obras.

Del miedo y los extranjeros concluye con una reflexión sobre la «nueva xenofobia» que repentinamente parece plantarnos cara. La tecnología global y la integración económica, la crisis financiera de 2008, la crisis migratoria europea originaria de

Oriente Próximo y el norte de África y los migrantes de América Central a Estados Unidos han puesto a la defensiva a los valedores occidentales de la globalización. La retórica manchada de sangre ha señalado como objetivo a los turcos, los árabes, los judíos, los africanos, los negros, los mexicanos y los musulmanes, por nombrar solo unos pocos ejemplos. Con Trump y sus aliados nacionalistas blancos, el Brexit y el auge de una ultraderecha envalentonada en lugares como Hungría, Polonia, Alemania, Suiza, Francia, Italia o Suecia, ya no podemos ignorar el hecho de que la xenofobia, esa maldición tribal, ha regresado.

* * *

Como psiquiatra e historiador, normalmente trabajo protegido por un biombo. Sin embargo, en este caso parecía algo imposible, incluso engañoso. ¿Cómo iba a escribir una historia sobre migrantes, conflictos sectarios, fronteras e imperios en declive sin tener en cuenta cómo me han moldeado a mí mismo estas cuestiones? Pensemos, por ejemplo, en mi tocayo.

A mi abuelo, George Jacob Makari, nacido en 1877 en una aldea de pescadores libanesa, lo subieron a un transatlántico con su tío, su tía y su primo. Él no tuvo voz ni voto en la decisión, pues solo tenía ocho años. Sus padres lo habían entregado desesperados ante la perspectiva de vida que le esperaba, por su condición de cristiano ortodoxo griego, entre unos otomanos cada vez más intolerantes y pendencieros. Al cabo de unos días complicados en un mar infinito, llegó al puerto de Nueva York y le formularon preguntas en un idioma que no comprendía. Las autoridades le rebautizaron con el nombre de George Jacob, una nueva identidad para el Nuevo Mundo. La pequeña *troupe* se abrió paso a continuación hasta Austin, Texas, donde tenían parientes. Durante una temporada, el chico fue vendedor ambulante; los matones lo acosaban y trataban de atormentarlo. Mucho después, le contaría a su hijo historias heroicas sobre cómo engañaba astutamente a aquellos salvajes. Unos

cuantos años más tarde llegó su hermano pequeño, Mike Jacob «McCarie» (aquí entra en juego una fonética extraña). En 1909, ambos fundaron Jacob Brothers, una tienda que vendía alfombras turcas y persas. Colgaron un rótulo inmenso y vivían en la parte de arriba. Transcurridos cinco años, George reservó su primer pasaje de regreso a su lugar de origen en busca de más existencias.

El sentido de la oportunidad de mi abuelo fue pésimo. Justo cuando ese hombre de treinta y siete años con afición a las historias del salvaje Oeste desembarcó en una tierra natal que apenas era capaz de recordar, estalló una guerra mundial. Comenzaron las matanzas de cristianos a manos de turcos, los viajes oceánicos se volvieron peligrosos y, en un giro de los acontecimientos propio de aquel escenario bíblico, hubo una plaga de langostas. Después vinieron los bloqueos de los aliados, se consideró a los cristianos enemigos internos y la poca comida que había disponible era confiscada por los soldados otomanos. Entonces llegó la hambruna. Figuras esqueléticas y quejumbrosas hurgaban la basura en los alrededores del Monte Líbano recogiendo entre los desechos cáscaras de naranja y huesos raídos. Los niños engullían malas hierbas. Bajo el régimen de sus amos bárbaros murieron unas doscientas mil personas, un tercio de la población, víctimas de un delito que en aquella época no tenía nombre. Atrapado en medio de aquel torbellino, mi abuelo se propuso ayudar a su familia: recuperó su segundo apellido, se casó y nunca más volvió a marcharse.[4]

Mis padres, nacidos en esa misma aldea junto al mar, adquirieron uso de razón cuando el Imperio otomano solo existía ya como un mal recuerdo. En el marco del acuerdo secreto Sykes-Picot, que repartió la región entre Francia, Gran Bretaña, Italia y la Rusia prerrevolucionaria, su patria se convirtió entonces en protectorado francés. El Líbano era una confederación multiconfesional compuesta por musulmanes suníes, drusos y chiíes, judíos sefardíes, refugiados armenios y una mezcla de viejos cristianos de la Iglesia oriental entre los que



Alfombras turcas y persas M. Jacob, hacia 1920, Austin, Texas

había católicos sirios y griegos, caldeos, ortodoxos sirios y orientales, melquitas y maronitas. Cuando esta colonia logró deshacerse de Francia y se declaró independiente el 22 de noviembre de 1943, era una nación plagada de herejes.

Las potencias imperiales de Occidente habían cedido, pero no se habían marchado. Su rivalidad por conquistar corazones y mentes trazó una línea divisoria que atravesaba el centro mismo de mi familia. Mi madre, Wadad Tamer, asistió a Les Soeurs de Nazareth, donde las monjas francesas la rebautizaron con el nombre de Odette. Su jornada escolar comenzaba con una efusiva interpretación de «La marsellesa». Su diario íntimo, sus oraciones y de vez en cuando sus sueños se presentaban en una lengua que sus padres no comprendían. A siglos de distancia, mi padre fue trasladado a otro universo. Matriculado en escuelas británicas y estadounidenses, su nombre experimentó una metamorfosis y dejó de ser Jacob

para convertirse en Jack. En la época en que ingresó en el campus de la Universidad Americana de Beirut ya estaba poseído por las historias de su padre sobre forajidos texanos y era famoso por recitar poemas sobre el puente de Brooklyn, una maravilla que no había visto nunca. La muerte de su padre en un accidente automovilístico en 1938 hizo que el joven soñara con esa otra patria de la que tanto había oído hablar. En 1945, siendo un joven médico, le fue concedida una beca para cursar unos estudios sobre enfermedades tropicales en Londres y, a continuación, otra para acudir a Harvard, lo que dio comienzo a su carrera en la medicina estadounidense. En 1955, mis padres se casaron y se trasladaron formalmente a Estados Unidos. Se despidieron de su tierra natal compuesta de minorías para establecerse en otra, un lugar supuestamente tolerante y plural cuya ideología era, es preciso advertirlo, un sueño.

Mis progenitores, formados para ser peones de una partida de ajedrez que jugaba la vieja Europa, descubrieron que el destino tenía otros planes para ellos. Una inmensa marea los había barrido, los había revuelto en un enjambre de identidades cambiantes e imperios desaparecidos y, a continuación, los había arrojado a estas costas. Aturdidos, desembarcaron de golpe en una parcela de media hectárea en Nueva Jersey. Confusos y con la mirada perdida, mis hermanas y yo nos criamos como portadores inconscientes de extravagancias, dichos, jergas, hábitos y costumbres británicas, francesas, bizantinas y libanesas. Éramos ortodoxos griegos —es decir, árabes cristianos—, lo que nos convertía para muchos en una paradoja que anulaba el yo. En casa hablábamos una mezcla de inglés, francés y árabe levantino. Sin embargo, de puertas afuera de nuestra casa de dos niveles, Grace, Doris y yo aprovechábamos esta ventaja. No teníamos ningún acento, nuestros nombres de pila eran estadounidenses y nuestra existencia se desarrollaba en el seno de la entonces inmensa clase media. Podíamos hacer desaparecer nuestro pasado.

Parecía el lugar perfecto para pasar desapercibido. A excepción de los diezmados pueblos indígenas, allí todo el

mundo había salido de algún barco. Aun así, mis padres siguieron estando fuera de lugar. El *kibbe* y el *za'atar* solo servían para recordarles lo lejos que estaban de la espiral de sensualidad de aquel lugar donde abrieron los ojos a la vida, del que se había convertido en su primer mundo, tal vez el único tan encarnado en sus cuerpos como para evocar toda la seguridad y la comodidad de la palabra *hogar.* Cada día que pasaba los empujaba más lejos de los sonidos, los aromas y las imágenes que dieron forma a sus primeros días. Acabé por reparar en que nunca habían abandonado verdaderamente aquellos lugares que conformaron su realidad. Hablaban sin cesar de su inminente regreso. En las fiestas, donde abundaban las conversaciones informales sobre béisbol y negocios, mi padre susurraba *Una ghareeb ma hal'alum:* «Soy un extraño entre estas personas». Yo pensaba que también acabaría siéndolo yo mismo.

Las cosas no acabaron así. Enseguida me vi obligado a escoger. Siendo niño, mi madre me aconsejó que, si me incordiaban en el patio del colegio, pusiera la otra mejilla; pero al cabo de unos cuantos experimentos decidí que era un pésimo consejo. Aprendí a contraatacar cuando los abusones se burlaban del acento de mi madre. Mientras tanto, mi mente vacilante recibió el impacto del concurso *The Dating Game,* la serie de televisión *El hombre del rifle,* los disturbios de Newark de 1967, la señora Walsh leyendo *La telaraña de Carlota,* Mark Twain, Thomas Alva Edison, la banda de funk Sly & the Family Stone, las cifras de bajas del ejército en las noticias de la CBS, Nixon, el heroísmo clásico de Mohamed Alí, el Apolo XI, las minifaldas, Farrah Fawcett, los hippies descalzos junto al estanque de los patos, el Chevrolet Camaro, Clyde (Nueva Jersey) y los New York Knicks. Y, por encima de todo, me enamoré de ese disolvente mágico y universal llamado rock and roll. Adopté toda clase de pavoneos, me dejé el pelo largo, llevaba mis vaqueros Landlubber caídos, me negaba a ir a la iglesia y leía como si me fuera la vida en ello. Mis padres observaban perplejos, a veces desconcertados. Yo estaba decidiendo de

qué lado estaba. Dolorosamente para todos nosotros, no era del suyo.

Me entregué al *E pluribus unum* y albergaba una culpa preñada de incertidumbres más personales. Como es natural, percibí el desdén: el profesor de Harvard que despachó a mi padre diciendo que «un pequeño árabe» jamás podría hacer cosas grandes, o la lógica de que todos los árabes son terroristas, tan extendida durante el período en que A. M. Rosenthal fue director editorial de *The New York Times.* No era racismo; ese término se reservaba para la brutal lucha que libraban los afroamericanos. Y aunque yo era técnicamente un semita, mi problema no era aquello a lo que cualquiera se refería con antisemitismo. Da igual lo que fuese. Yo quería escapar de la condición extranjera de mi familia. Aunque cabría catalogar aquello como asimilación, también podría calificarse como un pequeño acto de autoaniquilación.

Cuando me enfrentaba al impreso de alguna solicitud o a un documento oficial, titubeaba. Yo habría marcado de buena gana la casilla «estadounidense de finales del siglo xx», pero no existía tal opción. Cuando aparecía la opción «otro», me zambullía en ella alegremente. Muchas veces no estaba disponible. Como no era negro, hispano, ni judío, tenía una confusa variedad de color de piel, grupo lingüístico y religión, yo debía de ser… ¿esa curiosa categoría estadounidense de «blanco»?

Cuando me marché para acudir a la universidad, abandoné con entusiasmo todas esas tensiones. Como congelados en el tiempo, aún puedo ver a mis padres en aquella calle adoquinada de College Hill, en Providence, agitando los brazos para despedirse como si estuvieran en la otra orilla de un océano. Como presa de un ataque, empecé a escribir, trabé amistades profundas, toqué en un grupo de rock y me enamoré. Luego, durante mi último año de universidad, mi magistral mentor, el poeta afroamericano Michael S. Harper, en una de sus aterradoras horas de tutoría me miró con sus enormes y certeros ojos y, agarrando una tira de mis vacuos poemas estadounidenses de finales del siglo xx, pronunció como una esfinge:

«Makari, ¿dónde está su historia?». Yo susurré que no sabía muy bien a lo que se refería, pero por supuesto que lo sabía.

* * *

Aterrizamos en Beirut en 1974, un año antes de que empezaran los disparos. Yo tenía trece años. Bajamos vacilantes del vuelo de la Pan Am, el asfalto nos recibió con una bocanada de calor. Hicimos la cola correspondiente, mostramos nuestros pasaportes, recogimos las maletas y, a continuación, las embutimos en un viejo Mercedes de color burdeos. Se había hecho de noche, así que era más fácil respirar. El taxi subió traqueteando por una carretera oscura como el carbón e iluminada por una sucesión de tenues luces anaranjadas. Bajo su brillo, los rostros de mis padres resplandecían de expectación; adoraban esos veranos largos, el regreso a su otro hogar. Yo estaba empezando a quedarme dormido cuando, de repente, al virar en una curva, el conductor se detuvo. A cierta distancia, unas llamaradas se elevaban hacia el cielo. Pude distinguir a lo lejos una fila de neumáticos ardiendo y los rostros arrebolados de unos *shebab* con el pelo muy largo y kufiya. No sabía quiénes eran, pero estaba seguro de que estaríamos bien. Al fin y al cabo, pensé con la lógica de un niño, nosotros no habíamos *hecho* nada.

Nuestro chófer no pensaba lo mismo. Giró en redondo, apagó los faros y se escabulló por un camino polvoriento y oscuro. Debimos de atravesar un olivar o una granja. No lo sé con seguridad. Nadie hablaba en medio de aquel silencio inquietante. Las ramas de los árboles golpeaban en los costados del coche. Finalmente, reaparecimos detrás del puesto de control. El taxista volvió a encender los faros y nos metimos zumbando en la *autostrade.* No se dijo ni una palabra más. Ese verano, nuestros familiares nos advirtieron de que no fuéramos a Sidón ni a Tiro. Comprendí vagamente que podríamos volver a encontrarnos con cortes de carreteras y hombres armados. No habíamos hecho nada, pero estaba empezando a quedarme claro que la inocencia por sí sola no bastaba.

Durante dos meses jugué a las cartas con mis hermanas, escuché una de nuestras cuatro cintas de casete de música pop de la década de 1970 y floté en las tranquilas aguas de la caleta de nuestra localidad. Por las noches, en el porche, los adultos se reunían para beber *arak,* chismorrear, hablar de política y reírse. Algunos llevaban pistolas enfundadas. Cuando acabó el mes de agosto, llenamos las maletas con los recuerdos que nos llevábamos y, sin incidente alguno, regresamos al aeropuerto. Me despedí de mi cariñosa abuela con un beso, un tanto perturbado por la premonición de que no volvería a verla.

Recuerdo que ocho meses después, cuando mi padre me llevaba en coche a la escuela, el Líbano apareció de repente en radio WINS 1010: «Usted nos concede veinte minutos y nosotros le damos el mundo». Por un brevísimo instante me sentí orgulloso. ¡Nuestro pequeño país estaba en el mapa! Aquel entusiasmo se desvaneció enseguida. Durante las semanas siguientes, a las siete en punto, nos reuníamos ante el televisor y captábamos precarios fragmentos de vídeo de calles acribilladas por tiroteos y edificios de hormigón que se venían abajo con un quejido atronador. Justo cuando yo procuraba desaparecer sumergiéndome en Estados Unidos, mis padres contemplaban espantados cómo su tierra natal ardía en llamas. Eran como marineros atracados en una costa oscura y bulliciosa que acabaran de despertarse y hubieran descubierto que el capitán había prendido fuego a sus barcos. Después de años de fantasear con el retorno, no había regreso posible.

Pasaron los meses. Una atrocidad fue llevando a otra. Las matanzas aumentaban. Los combatientes se dividían y se multiplicaban hasta que estallaba la refriega. Jamás intervino ningún árbitro, y lo que resultaba aún más impactante para mi imaginación infantil: parecía *no haber* ninguno. A lo largo de los años siguientes, el redoble de despachos terroríficos fue alterando nuestros días. Por la noche, acostado en la cama, mientras contemplaba la última salvajada, sopesaba una idea que todos teníamos, pero ninguno decía en voz alta. ¿Qué habría sucedido, me preguntaba, si mis padres no se hubieran

marchado? ¿Qué le habría sucedido a un adolescente impulsivo como yo?

El Líbano fue antaño una confederación aparentemente tolerante y plural que albergaba a muchos forasteros. La guerra comenzó entre dos bandos: los maronitas del Líbano y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), exiliada. Se transformó en una batalla entre cristianos y musulmanes. Más tarde se fragmentó en un confuso cubo de Rubik de combatientes. Las sectas religiosas formaron milicias. Los nacionalistas tomaron las armas en defensa de un Estado panarabista y tuvieron por rivales a socialistas y comunistas. Siria invadió el país para salvar a una parte y, después, cuando resultó conveniente, cambió de bando. Israel lo invadió para desmantelar la OLP y, en ese proceso, radicalizó al islam chií, que con ayuda iraní formó Hezbolá. Estados Unidos envió tropas, pero luego se retiró cuando un atentado terrorista contra sus acuartelamientos mató a doscientos cuarenta y un marines. Por el camino fueron asesinados periodistas, pacificadores y primeros ministros, se incendiaron pueblos y aldeas, y los supervivientes se apiñaron en refugios antiaéreos. Después de haber sido una nación, a un infinito número de tribus les había dado por matarse y secuestrarse de un modo tan incesante que aquello acabó convirtiéndose en una metáfora. Ahora «Beirut» era una advertencia: esto es lo que sucede cuando los vecinos se transforman en extraños, los extraños se convierten en enemigos y la sociedad se disuelve en un baño de miedo y odio.

Para mí fue extraño. Entre todas esas sectas desconcertantes había muchos más parecidos que diferencias. Todas eran levantinas que hablaban el mismo dialecto, todas cultivaban el mismo sentido del humor con juegos de palabras, devoraban la misma gastronomía, respetaban las estrictas reglas de la hospitalidad y abordaban cualquier compra como una obra de teatro en tres actos: regatear, escenificar la marcha y llegar a un acuerdo. Eran rápidas con los proverbios y se emocionaban con las canciones de Fairuz. Y, sin embargo,

unas distinciones muy sutiles entre sus diversas identidades se habían convertido en cuestión de vida o muerte.

Recuerdo el sonido metálico que nos despertó en mitad de una noche y que nos reunimos a rezar cuando toda aquella crueldad televisada se volvió real. La *tante* Evelyn vivía en el lado equivocado de la Línea Verde, esa frontera que de repente atravesaba Beirut. Como aquella anciana viuda era ortodoxa griega, como su piso estaba aquí y no allá, en virtud de una lógica enfermiza, mi tía fue capturada por unos milicianos que la mataron asfixiándola. Mis padres empezaron a recibir cartas que describían rayos que recorrían el cielo, el pop-pop-pop de la artillería nocturna y las bombas que caían formando un arco de silbidos de destrucción. Dos de mis primos favoritos lograron escabullirse durante un ataque nocturno con fuego de morteros; se embarcaron en un buque con destino a Chipre con unos cuantos dólares cosidos a los pantalones vaqueros y consiguieron atravesar los océanos hasta llegar a nuestra casa en Nueva Jersey. Un misil fosforescente incendió la casa de otra tía mía cuando corría para lanzarse a la calle. En las cartas que recibíamos había un estribillo, una consternación recurrente. Cada vez más, esas notas de nuestra familia hablaban del doloroso reconocimiento de que su querida tierra se había transformado en un escenario bíblico, en un lugar que se consideraba imposible que conocieran los vivos. Una y otra vez, hablaban de su país diciendo que era el infierno.

Al cabo de cien mil muertos y casi un tercio de la población del país desplazada, de repente terminó; aunque, después de quince años de carnicería, ¿quién se atrevía a confiar en ello? Se decretó una amnistía general. Como si despertaran de un delirio, los enemigos reaparecieron y reanudaron su vida en común. ¿Qué había sucedido? ¿Había algún nombre para esto? La guerra civil libanesa tuvo los rasgos característicos de otros colapsos sociales similares, pero ¿por qué? ¿Cómo saltó por los aires una nación próspera y tolerante? Una vez que empezaron las matanzas, vi que un ciclo violento arrastraba a muchos hacia su vórtice. Cuando la tragedia hundió

los colmillos en sus carnes, ciudadanos antes pacíficos y razonables se entregaron a la violencia y la venganza. Esta metamorfosis me obsesionó, la forma en que gentes buenas podían convertirse en asesinos a sangre fría y la forma en que esa misma transformación ha tomado con demasiada frecuencia los jirones ensangrentados de la historia en sus manos.

Tres semanas antes de que se declarara la paz en el Líbano, me casé en Nueva York un día de sol radiante. Desde aquella azotea del SoHo, mi futuro resplandecía. Sin embargo, congelado en el tiempo, otro futuro posible me asaltaba: el de un joven de quince años y pelo oscuro arrojado a una madriguera de callejones en Beirut, medio trastornado por el dolor, obsesionado por los animales que le habían hecho todo aquello a él, a su familia, a su clan. En mi imaginación, me he sumido en esta otra potencial existencia contrafáctica, un destino alternativo del que me salvé por azar. Es una mera fantasía, pero las fantasías pueden regir una vida. Me he dedicado a la psiquiatría —durante todo el día me esfuerzo por resolver conflictos interiores y exteriores—, un trabajo que más de un paciente ha calificado como negociaciones de paz. Cuando hago bien mi trabajo, soy el árbitro que interviene.

Y así, en otoño de 2016, cuando una críptica palabra griega despertó mi interés, la persistente pregunta de mi profesor regresó con contundencia: «¿Dónde está tu historia?». *Xenofobia* es una palabra repleta de exiliados arrojados al mar, de sueños con un buen recibimiento y del relampagueante fantasma de la violencia. En toda su extensa amplitud caben mi tocayo que migró a Texas; mis desconcertados padres, a menudo perdidos en Nueva Jersey; un novato en su primer año de instituto irguiéndose en el asiento cuando las noticias inauguraban en la radio una década de guerra civil y, finalmente, el descendiente de todos ellos: un psiquiatra que, al escuchar los gritos estridentes y crecientes de la división, necesitó recordar y comprender.

PRIMERA PARTE
LOS ORÍGENES DE LA XENOFOBIA

Por esta razón, y si ello le agrada, me gustaría preguntarle al extranjero cómo los conciben y los llaman entre los suyos.

PLATÓN, *El sofista*[1]

1. EN BUSCA DEL *XENOS*

La llegada de un extraño produce inquietud. «¿Quién es? ¿Por qué ha venido? ¿Qué quiere?». Estas simples preguntas abordan uno de los mayores dilemas de la existencia. Desde tiempos inmemoriales, los extraños han planteado cuestiones de identidad y de sentido, tanto sobre el yo y la comunidad como sobre el poder, el conocimiento y las creencias. Confrontados por los recién llegados, buscamos pistas e indicios en algún lugar situado entre la luz del mundo y nuestra confusa imaginación. Si los recién llegados vienen de otras tierras, si hablan una lengua desconocida, si miran y actúan de formas que nos resultan ininteligibles, el malestar se puede acrecentar. Porque estos seres enigmáticos plantean un reto: perturban la confianza invisible de nuestra mente en la uniformidad y la analogía. Su presencia desafía nuestras expectativas.

Los extraños, los extranjeros y los forasteros generan ansiedad. Nos recuerdan que, fuera de las islas donde hemos construido nuestro sentido, existe una inimaginable variedad de otros. El planeta, con un diámetro de casi cuarenta mil kilómetros, alberga actualmente nueve millones de especies y, entre ellas, casi ocho mil millones de seres humanos. Todos y cada uno de estos hombres y mujeres poseen historias, costumbres, normas y especificidades cuya complejidad no puede menos que asombrarnos. Para tolerar el día a día, estrechamos nuestra perspectiva, universalizamos nuestras verdades locales y realizamos extrapolaciones a partir de una experiencia exigua. Los extraños llegan para desestabilizar esas falsas ilusiones.

El resultado de semejante perturbación puede no ser únicamente la confusión y la ansiedad, sino también su reverso,

la agresividad. Los seres humanos asustados son capaces de hacer cosas terribles y, a lo largo de la historia, en momentos convulsos, los extraños nos han dado un miedo espantoso. Solo después, mucho después, descubrimos que quizá esas víctimas tenían poco que ver con el miedo que se había apoderado de nosotros.

Entonces, ¿son este tipo de reacciones simplemente «naturales»? Los biólogos han documentado que el miedo y la agresividad hacia los forasteros se pueden observar en todo el reino animal. Los antropólogos lo han observado en muchas tribus humanas. Los psicólogos evolutivos afirman que es intrínseco a la infancia ordinaria: durante un breve período, los niños y niñas menores de dos años padecen «ansiedad ante los extraños» y rompen a llorar cuando se les acerca un desconocido. Este tipo de evidencias apunta a una misma conclusión: el miedo a los extraños es un atavismo condicionado por la biología que durante mucho tiempo nos ha conferido una ventaja evolutiva importante. Combatir a los forasteros funcionaba. Podemos imaginarnos que hace decenas de miles de años, cuando una heterogénea banda de homínidos cavernícolas se encontraba con otra, lanzaba piedras contra los intrusos sin detenerse a preguntar si eran amigos o enemigos. Quienes atacaban así a los forasteros sobrevivieron y transmitieron ese mismo impulso a sus descendientes. Este tipo de reacciones acabó siendo muy pronto «innata». Sociobiólogos como Melvin Konner han señalado que lo que otros denominan xenofobia es sencillamente eso. Según esta clase de explicaciones, la xenofobia sería un nombre inapropiado, pues en la lucha por la supervivencia no puede haber nada irracional ni fóbico.[1]

Esta explicación presenta algunos problemas obvios. Si bien los psicólogos evolutivos pueden imaginarse con gran facilidad a los neandertales celebrando haber repelido a una banda de saqueadores, encontrarle sentido a una realidad opuesta les plantea mayores dificultades. Claramente, la contención de este tipo de conductas agresivas también confería

enormes ventajas para la supervivencia. Solo así las bandas más pequeñas pudieron fusionarse y, con el paso del tiempo, crear sociedades complejas y seguras basadas en la cooperación interpersonal. El biólogo evolutivo Stephen Jay Gould insistió en este punto: ¿acaso la selección natural no favorecería a quienes comprendieran cuándo era necesario pelear y cuándo no? A diferencia de las tribus aisladas que se ocultaban en las profundidades de la selva, las bandas que evitaban conflictos innecesarios tenían capacidad para conformar grupos diversos y poderosos, un hecho reconocido por el propio Charles Darwin. Como apuntó Jared Diamond, cuando las bandas y tribus aprendieron «por primera vez en la historia, cómo encontrarse con extraños habitualmente sin intentar matarlos» se produjo una adaptación cultural fundamental —que él se atrevió a datar hace siete mil quinientos años—. A base de gestionar el conflicto con los forasteros, las tribus pequeñas se fusionaron para constituir poblaciones más numerosas, capaces de acumular excedentes de alimentos que permitieran la estratificación social y el progreso tecnológico. En estas sociedades complejas, los individuos podían competir y cuidar del jefe, pero también andaban alborotados como abejas obreras. Si bien estamos programados para combatir, también tenemos incorporado el instinto innato de…, bueno, flirtear. Los seres humanos conocen a extraños, forman parejas, familias, tribus mayores y naciones nuevas. Para la aparición de estas estructuras, la xenofobia difícilmente puede constituir una ventaja. En realidad, quizá sea el tipo de desastre más desestabilizador.[2]

Nuestra actual predilección por biologizar fenómenos sociales complejos ya se ha demostrado en otras ocasiones prematura, vacía o sesgada ideológicamente. En este caso —concluí— ocurría lo mismo. Aunque una pequeña dosis de angustia frente a los extraños es adaptativa y resulta habitual, la xenofobia no lo es. Tampoco se puede reducir este conjunto de percepciones y actuaciones a una disposición genética sin que el objeto en cuestión se diluya. Aunque la aceptación

y el rechazo por temor formen parte de nuestra constitución, estas capacidades congénitas no explican por qué el odio y el miedo irracionales surgen en unos casos y no en otros, aquí y no allá, y solo en determinados momentos.

* * *

Palabras como *xenofobia* son reliquias de tiempos olvidados. ¿Qué dramas llevaron al nacimiento del término *xenofobia?* ¿Cuál era el ecosistema de significado que lo alumbró? ¿Cuándo se adaptaron los seres humanos y erigieron diques que pretendían contener el miedo excesivo a los extraños por considerarlo peligroso, equivocado o incluso rayano en la locura?

La respuesta parecía estar en la antigua Grecia. En una historia del racismo, su autor afirmaba que el término fue «inventado por los antiguos griegos para describir un sentimiento reflejo de hostilidad hacia el extranjero o el Otro». Tenía sentido. Se habían fusionado dos raíces griegas, seguramente durante aquel fértil período en el que se dice que se originó el mundo occidental. Si el odio excesivo a los forasteros persiguió a la humanidad como una mancha cada vez más oscura, tal vez la conciencia de esta fuerza apareciera durante el gran despertar que se produjo unos cuatro siglos antes de Cristo. ¿Acaso el mismo florecimiento que nos dio a Sócrates, Platón, los sofistas, Hipócrates, Euclides y los estoicos nos alertó sobre este peligro?[3]

Descubrí que la antigua palabra griega *xenos,* derivada de la voz protoindoeuropea *ghos-ti,* tenía el rostro de Jano. *Xenos* significaba 'extranjero' o 'extraño', pero también era una palabra relacional, más parecida a 'huésped'. Ser un *xenos* era reconocer implícitamente que existía un anfitrión y que ambas partes se guiarían por los códigos sociales de la *xenia.* Estas reglas de hospitalidad imponían que el *xenos* fuera atendido y cuidado por su anfitrión, quien, a cambio, sería alabado.[4] De esta forma se coreografiaba, pautaba y salvaguardaba un

encuentro potencialmente tenso. Los intercambios de regalos, los poemas encomiásticos y las declaraciones solemnes anunciaban la aplicación de ese código. Para cimentar alianzas entre ciudades vecinas se empleaban otras escenificaciones similares.[5]

Este código de la Antigüedad puede rastrearse hasta los primeros registros escritos griegos. En la *Ilíada,* la epopeya homérica del siglo VIII a. C., una violación de la *xenia* desencadena la guerra de Troya cuando Paris, un huésped, rapta a Helena y se la lleva de la casa de su anfitrión. La lógica ética de la *xenia* también discurría a lo largo de toda la *Odisea,* en la que el exiliado Odiseo se desvivía por regresar a Ítaca, a menudo sin encontrar cobijo y muchas veces padeciendo necesidades. Al aproximarse a la tierra de los cíclopes, seres con un solo ojo, expresa su preocupación:

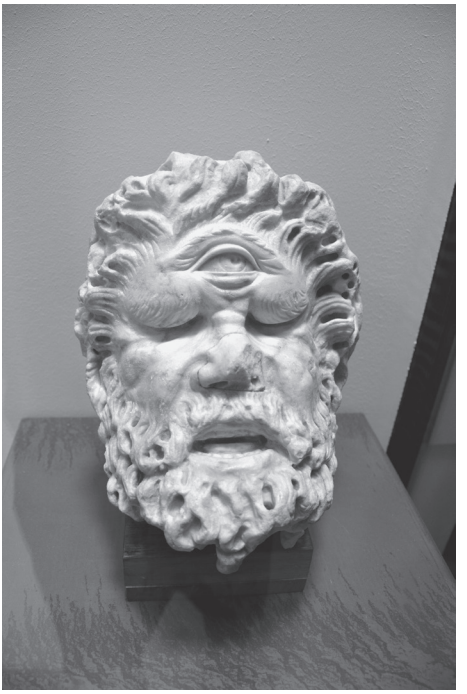
> ¿A qué tierra de mortales he llegado? ¿Son acaso soberbios, salvajes y carentes de justicia, o amigos de los forasteros *[xenoi]* y con sentimientos de piedad hacia los dioses?[6]

Los seres civilizados eran conocidos por su amabilidad con los extraños, pero cuando el cíclope Polifemo devora a seis de sus marineros, Odiseo descubre que el monstruo no tiene intención de respetar este tipo de protocolos. También eran así otros anfitriones crueles, como Calipso y Circe. Después, tras encontrar el camino de regreso a Ítaca, Odiseo se topa con una violación similar. Un grupo de *xenoi* se había establecido en su hogar y presionaba abiertamente a su esposa para que se casara con uno de ellos. Odiseo se venga de estos invitados tan maleducados.

Las reglas de la hospitalidad griega no eran simplemente normas de etiqueta y urbanidad. Eran tan importantes que provenían de los dioses. El propio Zeus era el protector de los viajeros. «Deben considerar también —reflexionaba Platón— que los acuerdos con los extranjeros son sacratísimos […], pues al carecer el extranjero de compañeros y parientes es

más digno de conmiseración para los hombres y los dioses».[7] Para referirse a quienes se esforzaban por mostrar amabilidad hacia los extraños se acuñó el término *philoxenia.* Este término se infiltró en la Biblia; en la Epístola de Pablo a los Hebreos está escrito: «Permaneced en el amor fraterno *[philoxenia]*». A partir de aquí, un trayecto muy corto lleva hasta el Evangelio de Mateo, donde Jesús dice: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».[8]

De un modo revelador, el autor de la Epístola a los Hebreos sustenta su exhortación a la *philoxenia* en una advertencia extrema: «No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles». Cumplir con las reglas de la *philoxenia* no solo era moralmente justo, sino que también servía como protección ante la posibilidad de que los expulsados de nuestra puerta fueran divinidades, a veces de incógnito entre los mortales. En la *Odisea,* Homero escribió:



Los cíclopes desafiaron las reglas de la *xenia*

«Los dioses andan recorriendo las ciudades bajo la forma de forasteros de otras tierras y con otros mil aspectos». Para Platón, esto era una superstición que aterrorizaba a los niños y un ejemplo de primer orden de por qué los poetas debían ser proscritos de la república. Sin embargo, incluso Platón, en *El sofista,* hace que Sócrates pregunte al «extranjero de Elea» si no es algún dios.

Los mitos sobre encuentros con divinidades siguieron vigentes en la época de los romanos. Ovidio escribió que muchos dieron fríamente la espalda a Zeus y a Hermes sin ofrecerles siquiera una cama cuando se presentaron harapientos y sin compañía. Una pareja de ancianos llamados Filemón y Baucis se apiadaron de esos *xenoi,* los alimentaron y les ofrecieron cobijo. Los dioses revelaron su identidad y colmaron de regalos a la pareja. También les concedieron el deseo de no padecer nunca la pérdida del otro, por lo que quedó establecido que cuando llegara el momento morirían los dos al mismo tiempo.[9]

Aun cuando no descendieran exactamente de los cielos, los extraños sin hogar también podían ser dignatarios exiliados o de incógnito. Esa fue la sorpresa que esperaba a los habitantes de Colono, que recibieron con desdén a un mendigo ciego y desaliñado, el rey Edipo. Estas figuras de la realeza también solían tener muy buena memoria para esos malos tratos. Odiseo se vengó de quienes se negaron a brindarle refugio durante su ardua travesía. Como escribió en una ocasión el viajero y geógrafo Pausanias, «la ira del Dios de los Extranjeros es inexorable».

Junto con las implicaciones morales y humanitarias, estos tabúes y rituales que regulaban el trato dispensado a los extraños cumplían una función. El desplazamiento por tierra o mar era peligroso. Era fácil que un viajero sin nada que beber o sin cobijo pereciera. Asimismo, acoger a un ser desconocido en casa planteaba riesgos evidentes. ¿Cómo distinguir que no se trataba de un sinvergüenza como Paris? El código de la *xenia* contribuyó a establecer una danza coreografiada que

daba garantías a ambas partes. El anfitrión abría su casa y su despensa; el extraño lo colmaba de ofrendas extraordinarias. Como cantó el poeta tebano Píndaro refiriéndose a su anfitrión: «Huésped *[xenos],* amigo soy: de mí alejando oscura tacha, como arroyos de agua quiero llevar al héroe amado loanza verdadera y ensalzarlo».[10]

En una serie de textos antiguos me topé con los términos *philoxenos* y *xenofilia.* Así que estaba seguro de que solo era cuestión de tiempo que me topara con sus contrarios, *phoboxenos* y *xenofobia.* Después de todo, al igual que *filos, fobos* era muy habitual en las palabras compuestas. Tanto en aquel momento como ahora, *fobos* significaba 'miedo' o 'terror'. En las obras de Esquilo, Eurípides y Sófocles solían aparecer extraños que provocaban *fobos.* Rastreé todo lo que encontré. Acudí a repertorios léxicos de griego antiguo. Consulté volúmenes académicos. Hablé con expertos. Nada.[11]

Era desconcertante. Difícilmente se podría decir que los griegos fueran ciegos al miedo de los anfitriones o a las crueldades gratuitas que podían sucederle a un extraño. Al fin y al cabo, *xenodaites* se refería a aquellos que, como los cíclopes, devoraban con ansia a sus huéspedes. *Xenoktónos* nombraba a los repugnantes aduladores que acogían a huéspedes confiados para asesinarlos. ¿Xenofobia? Por ninguna parte.

La ausencia de la palabra me sorprendía por otra razón. Como han demostrado especialistas actuales, los antiguos griegos se comportaban con frecuencia de un modo que calificaríamos de xenófobo. Aristóteles inauguró la infame tradición de considerar infrahumanos a los forasteros, de ahí que estuvieran destinados naturalmente a la esclavitud. En su *Política* citaba a Eurípides, que escribió: «Justo es que los helenos manden sobre los bárbaros». Aquel a quien los pensadores occidentales de comienzos de la modernidad llamaban simplemente «el filósofo» ampliaba inmediatamente esta idea afirmando que «bárbaro y esclavo son lo mismo por naturaleza».[12] Los extranjeros, sostenía Aristóteles, eran cuerpos sin alma, animales que requerían un amo y mujeres que

necesitaban ser conducidas por los hombres. En «el buen orden de las cosas» era natural que los extranjeros fueran sometidos, encadenados y obligados a trabajar para sus gobernantes griegos varones. Parece que nadie calificó a Aristóteles de xenófobo. No en Atenas.

Quizá estos seres subhumanos y sin alma no cumplían los requisitos para ser *xenos,* sino que más bien formaban una categoría diferente. Para los griegos de la Antigüedad, al principio los *barbaroi* eran simplemente quienes hablaban una lengua indescifrable. Los especialistas han argumentado que originalmente eso no implicaba un juicio negativo. Algunos eruditos sostienen que las cosas cambiaron tras la impactante invasión por parte de Persia que los griegos repelieron en Maratón. A lo largo de las posteriores décadas de guerra, los bárbaros acabaron siendo concretamente los persas, a los que ahora se consideraba enemigos extranjeros e inferiores. A dirigentes militares como Alejandro Magno les resultó útil este término para incitar a los hombres a la guerra. Y así, mientras que este tipo de extraños/enemigos eran bárbaros venidos de lejos que hablaban una lengua extranjera, es más probable que los *xenoi* fueran helenos que viajaban de una ciudad-Estado a otra. En *La república,* Platón diferenciaba las reglas de la batalla contra los bárbaros —donde estaban autorizadas la brutalidad y la esclavitud— de las reglas de los conflictos entre «facciones» de griegos, donde no se permitía semejante crueldad. Resulta revelador que, para Platón, *xenoi* parezca referirse a mercaderes ambulantes, filósofos respetados o dignatarios ciudadanos. No a un grupo particularmente amenazador.[13]

Al final, pese a encontrar un sesgo exagerado contra los «extraños bárbaros», y a pesar del conocimiento sobre las estrictas normas de etiqueta que se brindaban a los *xenoi,* mi búsqueda había sido vana. Nunca di con el término compuesto que estaba buscando, aunque sí encontré rastros de esta idea. Dispersas por la Biblia en griego, aparecen a veces una serie de palabras hebreas para referirse a residentes



Los griegos combatieron a los «bárbaros» persas en Maratón

temporales, forasteros o extranjeros a los que se representa como *xenos.*[14] En el Éxodo se dijo a los judíos: «No oprimas al forastero; ya sabéis lo que es ser forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto». Mateo presentó el Día del Juicio Final como una jornada en la que el Hijo del Hombre condenaba a quienes no daban de comer y beber a un *xenos.* Y lo más memorable es que Pablo se pronunció en contra de cómo los extranjeros se convertían en enemigos. Este converso que antes fuera Saulo de Tarso conquistó Corinto para su nueva fe, pero después de regresar a casa se enteró de que su éxito había sido efímero. Los nuevos cristianos ya se habían dividido en bandos y se habían enfrentado. En su Primera Carta a los Corintios, Pablo impugnaba las razones para etiquetar a los extranjeros como bárbaros: «Hay en el mundo no sé cuántas variedades de lenguas —escribió—, y nada hay sin lenguaje. Mas si yo desconozco el valor del lenguaje seré un bárbaro para el que me habla; y el que me habla, [será] un bárbaro para mí».[15]

Sin embargo, al final, el término *xenofobia* sencillamente no aparecía en los textos antiguos que han sobrevivido. Habiéndose perdido tanta literatura, es imposible saber si algún escriba desconocido unió alguna vez *xenos* y *fobos.* Sin embargo, una cosa estaba clara: quienes daban por supuesto que nuestra xenofobia venía de la antigua Grecia estaban equivocados. Aunque aparezca envuelta en una toga y tenga una apariencia tan antigua como la Acrópolis, esa palabra no nació allí ni en aquella época.

* * *

Fui a mi estantería y extraje el *Compact Oxford English Dictionary.* Confeccionado a partir de un millón de tarjetas indexadas y vidas enteras de duro esfuerzo académico, ha sido calificado como el mayor diccionario compilado de la historia. Es la primera parada de los estudiantes deseosos de descubrir la historia de las palabras inglesas. Originalmente constaba de veinte volúmenes, pero mi ejemplar ha condensado todas esas páginas en una edición micrográfica embutida en un mastodonte de siete kilos. Saqué la lupa e inicié mi cacería. Entornando mucho los ojos, encontré mi presa en la página 2533, entre los vocablos *xenon* y *xenophontean…,* y allí había otra pista: la primera vez que se utilizó en inglés la palabra *xenofobia,* decía, fue en una revista británica en 1909. En cursiva y con una falta de ortografía, *xenophoby* tenía el aroma de una pintoresca época pasada, como las viejas tiendas de chucherías y prensa o tabaco. La cita era vaga, así que decidí acercarme al artículo original. Al cabo de unos pocos párrafos, todo encajó. La historia de su origen parecía obvia.

El 13 de marzo de 1909, un corresponsal italiano, el apreciado arqueólogo y cartógrafo de la antigua Roma Rodolfo Lanciani, hizo un entusiasta anuncio en las últimas páginas del semanario liberal londinense *The Athenaeum.* En Roma se había desenterrado un asombroso hallazgo. Bajo el suelo de casi cada centímetro cuadrado de Roma se ocultaban

ruinas antiguas e historias maravillosas. ¿Qué podía ser tan especial?, me preguntaba. Lanciani aseguraba al lector que su noticia era sorprendente. Y cuando uno seguía leyendo parecía verdad. Porque lo que se había desenterrado casaba mal con las creencias sobre la identidad de la civilización occidental.[16]

Los orígenes de «Occidente» y «Oriente» como marcadores geográficos pueden datarse en el siglo III de nuestra era, cuando Diocleciano dividió en dos el Imperio romano para separar los dominios de las costas enfrentadas del Mediterráneo. En el siglo XIX, estas fronteras se habían consolidado en unas identidades y unas ideologías estructuradoras más amplias y generales. Como sabía cualquier colegial, la civilización occidental comenzó en la antigua Grecia, fue trasplantada a Roma y, a continuación, se desplegó en Europa y América. Estaba poblada de héroes como Aristóteles y Sócrates, más tarde César, Augusto, Séneca, Virgilio y Cicerón. Se decía que en esta época los seres humanos habían superado su emocionalidad animal (dejemos de lado a Nerón y Calígula) y habían sentado los cimientos de la civilización europea.

La historia de Occidente no siempre fue fácilmente separable de la de Oriente, sobre todo en torno a la cuenca mediterránea, tan sencilla de atravesar. Para garantizar que Occidente y Oriente no acabaran confundiéndose, se reclutaron los servicios de disciplinas polvorientas como la arqueología, la filología y los estudios clásicos. Porque este laudatorio relato de la historia era muy valioso: contribuía a justificar la expansión colonial de Occidente como un afán benévolo de llevar la civilización a Oriente. Los eruditos prepararon a la antigüedad occidental para su papel protagonista limpiándola de influencias extranjeras, un esfuerzo que fue particularmente enérgico entre los especialistas alemanes del siglo XIX, que confiaban en convertir a los antiguos griegos en descendientes de los arios del norte. En este y otros aspectos, las piedras de la Antigüedad y los extraños jeroglíficos avanzaron para situarse en la vanguardia política, ya que quiénes habíamos sido

en aquel entonces parecía justificar lo que teníamos derecho a hacer en el presente.[17]

Lanciani informaba de que unos restos impresionantes, enterrados durante mucho tiempo, ponían todo eso en cuestión. George Wurts, diplomático estadounidense y acaudalado coleccionista de arte, había comprado una propiedad en la segunda colina más alta de Roma, el Gianicolo. Supuestamente, este lugar mítico había sido fundado por Jano, el dios de las dos caras. En 1906, mientras se colocaban los cimientos para la vivienda de un jardinero, los trabajadores se toparon con unos mármoles griegos y romanos. Wurts se puso muy nervioso cuando vio que las piedras indicaban que su propiedad se encontraba en el lugar que Cicerón llamaba «el Jardín de las Furias». Los trabajadores siguieron cavando. Cerca de allí sacaron unas losas con unas extrañas inscripciones orientales.

Paul Frédéric Gauckler, un experto francés, fue reclamado para que acudiera al lugar y valorara el hallazgo. A pesar de su falta de educación formal al respecto, Gauckler se había convertido en una estrella de la arqueología. Tras estudiar Historia y Geografía en la École Normale Supérieure de París, aquel joven asmático había viajado en busca de un clima más cálido. En 1890 escogió el protectorado francés de Túnez, que antaño albergó Cartago, la gran rival fenicia de Roma. A base de coraje y talento, Gauckler se convirtió en un experto tanto sobre Cartago como sobre Roma, lo que le fue recompensado con su nombramiento como conservador de antigüedades del protectorado. Como corresponsal de la Academia de Inscripciones y Literatura, los trabajos de Gauckler en Oriente llegaron hasta la prensa francesa. Sin embargo, su meteórico ascenso terminó cuando en 1905 dimitió y abandonó Túnez a toda prisa, tal vez debido a los rumores sobre su homosexualidad. Afortunadamente para George Wurts, el talentoso Gauckler se estableció en Italia, donde fue recibido como miembro de la Academia Francesa de Roma, en la que su especialización en la Antigüedad occidental y oriental le convirtió en una opción perfecta para esta excavación.[18]

Después de examinar el yacimiento, Gauckler lanzó una hipótesis asombrosa. Anunció que bajo el suelo había un santuario y un templo dedicados a los dioses sirios. Aunque resultaba discordante, tenía cierta lógica. En su inmenso imperio, los romanos modificaron la noción griega de lo que significaba ser un bárbaro e hicieron que no consistiera tanto en una cuestión de nacimiento, sino más bien en una condición cultural que podía verse alterada. Los habitantes de las provincias conquistadas, las élites extranjeras e incluso los esclavos podían convertirse en ciudadanos romanos.[19] Muchos augustos ciudadanos romanos eran asimilados, a pesar de haber nacido en el norte de África, Siria o Turquía. Sin embargo, la predicción de Gauckler no se refería tanto a quienes habían adoptado costumbres romanas; sorprendentemente, afirmaba que en el suelo sagrado de Roma se había venerado a dioses semíticos.



Paul Gauckler en su apartamento tunecino

Su hipótesis suscitó el reproche «especialmente severo» de un especialista alemán, Christian Hülsen.[20] Hülsen, experto en topología romana, se burló de la idea de que se hubiera permitido la construcción de un templo dedicado a dioses sirios, no ya en las afueras de la ciudad, sino en el Jardín de las Furias. ¿Inmigrantes y antiguos esclavos en semejante lugar sagrado? Jamás. Los profesionales franceses y alemanes se enfrentaron pero, al final, no se trataba de un debate abstracto. «Claramente —escribió el profesor de Harvard George Chase—, aquí había un problema que solo podía resolver la pala».[21] Y así fue.

En abril de 1908, bajo la abertura de una fuente, el equipo de Gauckler levantó una piedra haciendo palanca y contempló las ruinas de un templo sirio. «¡Un hallazgo semítico en Roma!», exclamó una revista. «Un templo dedicado a los dioses orientales», proclamó otra.[22] *The Classical Weekly* informó de que Paul Gauckler había sacudido «los cimientos del mundo arqueológico y científico, y del gobierno italiano». Sí, del gobierno italiano.

Lanciani informaba a sus lectores de que en el corazón del Imperio romano hubo en otro tiempo una próspera colonia de inmigrantes con «supersticiones» orientales. Los adoradores de Mitra e Isis estaban en este santuario, no en los márgenes de la capital. Inevitablemente había que concluir lo siguiente: hubo una época en que algunos romanos poderosos rindieron culto a los dioses orientales sirios. Alguien de arriba se pasó al otro bando.[23] Y lo que resultaba aún más angustioso, tal vez los bandos nunca habían estado demasiado claros.

A medida que la excavación avanzaba, aparecían más sorpresas. Gauckler y su equipo desenterraron una cámara secreta con un cráneo humano y hubo un hallazgo aún más extraño. En el interior de un altar triangular se encontró una pequeña estatua momificada de Mitra envuelta en una serpiente, con cinco huevos de gallina resquebrajados entre los círculos que formaba el cuerpo de la serpiente.[24] Los lectores de *The Athenaeum* debieron de sentir un escalofrío familiar, pues

este relato se asemejaba a las entonces populares historias de aventuras. Nuestro intrépido explorador había ingresado en el «oscuro e inexplorado Oriente» y, cuando se asomó a sus misterios, se encontró cara a cara con horrendos sacrificios y salvajismo. La única diferencia era que esa tierra salvaje se asentaba en el epicentro mismo de la cristiandad occidental. Y no era una ficción.

Durante el siglo II de nuestra era y algo más allá un culto sirio formó parte de Roma, era romano. ¿Formaban parte la «superstición de Oriente» y el «salvajismo oriental» de los orígenes de la civilización occidental? ¿Cómo encajaba algo así con el dominio racional de los deseos animales? En 1911, el gobierno italiano zanjó estas cuestiones clausurando el yacimiento. En un final trágico que se desencadenó unos cuantos años después Gauckler bebió veneno y puso fin a su vida.[25]

Cuando se realizó este descubrimiento, hacía mucho tiempo que los europeos habían barrido el mundo portando relatos ennoblecedores sobre su propia identidad. La antigua Grecia, Roma, Occidente, la cristiandad y la modernidad ilustrada…: estos eran sus relatos y los cargaban en su equipaje cuando se adentraban en tierras extranjeras. Ese patrimonio les otorgaba la razón, la ley y la superioridad cultural; justificaba la conquista. Sin embargo, como demostraba la excavación del Gianicolo en Roma, la diferencia entre Occidente y Oriente podía resultar muy borrosa. Y esta impureza podía producir una incomodidad muy aguda. El relato de Lanciani traslucía una conmoción motivada por la infiltración de Oriente en los orígenes de Occidente. Su informe del inframundo evocaba ese desasosiego, pues en aquel templo sepultado dedicado a Mitra había extraños tan confortablemente instalados en los orígenes de Occidente que tal vez no hubieran sido siquiera extraños.[26]

Al final del reportaje en *The Athenaeum,* Lanciani compartía su aflicción ante la politizada acogida de este descubrimiento. Me resultó fácil anticipar adónde conducía todo esto. Para los liberales británicos, que desconfiaban del mandato

de Rudyard Kipling —«Oriente es Oriente y Occidente es Occidente»—, la fuerza de este relato reclamaba un comentario sobre la intolerancia. Obviamente, este circunspecto erudito italiano se mofaría entonces de aquellos cuya *xenophoby* impulsaba a negar la presencia de un templo semítico en el corazón de Roma.

Después de haberse preparado el camino, Lanciani recapitulaba:

> Así pues, estos son los descubrimientos que han cautivado el interés de los profesionales en las últimas tres semanas. Resultan aún más llamativos si consideramos que no son un regalo del azar, sino el resultado de un plan estudiado con la máxima meticulosidad y ejecutado centímetro a centímetro por alguien que sabía lo que había oculto bajo la tierra. Digo esto porque la suave brisa del chovinismo ya está soplando en dirección al Gianicolo: pero que no se malinterprete nada sobre esta cuestión. Aquellos cuyo sentido de la justicia y el juego limpio no está deteriorado por el prejuicio o la *xenophoby* saben a quién le corresponde el honor de este nuevo y emocionante capítulo de la historia de las excavaciones romanas.[27]

Lo leí de nuevo. Y una vez más. Finalmente lo comprendí. Aquello no tenía que ver en absoluto con Oriente y Occidente. Lanciani «inauguró» el término para amonestar a aquellos cuya rivalidad profesional y cuyos prejuicios nacionales les impulsaban a subestimar al pobre Gauckler. Mientras que Francia se había dedicado a pregonar el descubrimiento de su compatriota, los expertos de Alemania, Italia y otros lugares habían menospreciado a este descubridor debido a la *xenophoby*.[28]

Me quedé cariacontecido. Si las recriminaciones de Lanciani hubieran sido un poco más tangenciales, mis propios sesgos me habrían precipitado a la conclusión que ya había sacado. Fue una alerta muy valiosa. Mientras estudiara un sesgo automático contra los extraños y la extranjería, tendría que

gestionar y manejar muy bien mis propias preconcepciones, mis suposiciones acerca de lo que era extraño y lo que no. En este vertiginoso e insólito relato sobre la existencia de un santuario semita sepultado en Roma, la lectura rápida de un lector del siglo xxi, o al menos de este lector que escribe, era obvia y errónea. Si en toda esta historia latiera un subtexto antisemita, la única *xenophoby* reconocida no se centraba en absoluto en él. No, la *xenophoby,* esa terrible acusación, se había publicado en 1909 para condenar una competición frívola y baladí por obtener galardones nacionales. Hacía referencia al rechazo expresado contra un erudito francés por parte de rivales alemanes e italianos. Esa fue la primera pista real, y la seguí.